

VIACRUCIS



JUAN RAMÓN MARTÍN MUÑOZ
GERARDO DIEGO

VIACRUCIS



JUAN RAMÓN MARTÍN MUÑOZ
GERARDO DIEGO



PROPÓSITO

Las dificultades con que tropieza el artista de nuestro tiempo para tratar un tema religioso son más que nunca crecidas, sobre todo tal vez en la poesía. No me parece oportuno exponer ahora las principales razones que pueden explicarlo. Pero me veo en la precisión de disculparme aclarando mis propósitos.

Siempre me había detenido la pluma, al planear un asunto de este género, la consideración de los repetidos fracasos de tantas tentativas ensayadas por ingenios absolutamente estimables. Después del siglo XVII son nuestra lengua muy contadas las poesías religiosas —al menos que yo conozca— tolerables para una sensibilidad fina y despierta. Y no sé de ninguna obra maestra. Esto parece indicar que se trata de una dificultad objetiva. Yo la veo bien clara. Y, sin embargo, me he animado a emprender estos versos que presumo causarán cierta extrañeza a los que conozcan mis anteriores libros.

He elegido precisamente la décima, con el fin de poder realzar el tono peligrosamente quejumbroso a que conducía el formidable patetismo de los motivos. Había que evitar a toda costa las letanías de superlativos de los entrecortados epifonemas que aparecen erizadas la retórica del púlpito —acaso en él necesaria— y la meliflua prosa de los devocionarios al uso. Y para eludirlo, me sometía a la estrecha disciplina de la más plástica y barroca de nuestras estrofas. Así la rigurosa pauta rítmica se encargaba de contrarrestar la contemplativa molición —literatura, se entiende— de los afectos.

Hubiera podido dar más color y relieve a estas treinta y tres décimas, inspirándome concretamente en la arqueología oriental y persiguiendo la visión exacta y pintoresca del momento histórico. Pero esto hubiera dañado al recato cristiano que deseaba para mis versos. He preferido mantenerme en el tono abstracto, convencional si se quiere, pero de muy honda ternura, en que imagina estas escenas la piadosa tradición española, y siempre a tenerme en lo posible el texto evangélico. En suma, quería que este Viacrucis se pudiese rezar sin que distrajesen al devoto ni la presunción egoísta de los primores ni la insolente vulgaridad de los ripios. Sabedor de los riesgos que suponía volar demasiado alto, he procurado sólo guardar a la vez el decoro religioso y el poético.

* * *

Redactado este «Propósito» para la primera edición (1931), hoy tengo que celebrar el venturoso Renacimiento de nuestra poesía religiosa, que invalida en gran parte el pesimismo y la severidad en mi opinión de entonces (1956). Además, y para renovar el contenido de mi Viacrucis me ha parecido oportuno —respetando exactamente el texto de la primera edición— completarle con dos romances, apertura y cierre del ciclo de la Pasión del Señor.

LA ORACIÓN EN EL HUERTO

*Por la puerta de la Fuente
fueron saliendo los once.
En medio viene Jesús
abriendo un surco en la noche.*

*Aguas negras del Cedrón,
de su túnica recogen
espumas de luna blanca
batida en brisas de torres.*

*Jesús viene comprobando.
Pastor, sus ovejas nobles,
y se le nublan los ojos
al no poder contar doce.*

*«Pues la Escritura lo dice,
me negaréis esta noche.
Herido el Pastor, la grey
dispersa le desconoce.»*

*Entre los mantos, relámpagos
de dos espadas relumbran.
La luna afila sus hielos
en las piedras de las tumbas.*

*Ya las chumberas, las pitas
erizan sienes de agujas
y quisieran llorar sangre
por sus coronadas puntas.*

*Ya entraron al huerto donde
las aceitunas se estrujan,
Getsemaní de los óleos,
Hoy*

hoy almazara de angustias.

*Ya Pedro, Juan y Santiago
bajo un olivo se agrupan,
como un día en el Tabor,
aunque hoy sin lumbre sus
túnicas.*

*La noche sigue volando
—alas de palma y de juncia—
y, llena de sí, derrama
su triste látex la luna.*

*Se oye el rumor a lo lejos
de cortejos y cohortes.
Y el sueño pesa en los párpados
de los tres fieles mejores.*

*Jesús, solo, abandonado,
huérfano, pavesa, Hombre,
macera su corazón
en hiel de olvido y traiciones.*

*«Padre, apártame este cáliz.»
Sólo el silencio le oye.
La misma naturaleza
que le ve, no le conoce.*

*«Hágase tu voluntad.»
Y, aunque lleno hasta los
bordes,
un corazón bebe y bebe
sin que nadie le conforte.*

*El sudor cuaja en diamantes
sus helados esplendores,
diamantes que son rubíes
cuando las venas se rompen.*

*Por fin, un Ángel desciende,
mensajero de dulzuras,
y con un lienzo de nube
la mustia cabeza enjuga.*

*Ya la luz de las antorchas
encharca en movibles fugas
y acuchilla de siniestras
sombras el huerto de luna*

*Los discípulos despiertan.
Huye, ciega, la lechuza.
Y Jesús, lívido y manso,
se ofrece al beso de Judas.*

OFRENDA



*Dame tu mano, María,
la de las tocas moradas.
Clávame tus siete espadas
en esta carne baldía.
Quiero ir contigo en la impía
tarde negra y amarilla.
Aquí en mi torpe mejilla
quiero ver si se retrata
esa lividez de plata,
esa lágrima que brilla.*

*Déjame que te restañe
ese llanto cristiano,
y a la vera del camino
permíte que te acompañe.
Deja que en lágrimas bañe
la orla negra de tu manto
A los pies del árbol santo
donde tu fruto se mustia.
Capitana de la angustia:
No quiero que sufras tanto.*

*¡Qué lejos, Madre, la cuna
y tus gozos de Belén!
—No, mi Niño. No, no hay quien
de mis brazos te desuna.
Y rayos tibios de luna
y tus dos manos de miel
le acariciaban la piel
sin despertarle. Qué larga
es la distancia y qué amarga,
de Jesús muerto a Emanuel.*

*¿Dónde está ya el mediodía
luminoso en que Gabriel
desde el marco del dintel*

*te saludó: —Ave, María?
Virgen ya de la agonía,
tu Hijo es el que cruza ahí.
Déjame hacer junto a ti
este agosto itinerario.
Para ir al monte Calvario,
cítame en Getsemaní.*

*A ti, doncella graciosa,
hoy maestra de dolores,
playa de los pecadores,
nido en que el alma reposa.
A ti ofrezco, pulcra rosa,
las jornadas de esta vía.
A ti, Madre, a quien quería
cumplir mi humilde promesa.
A ti, celestial princesa,
Virgen sagrada María.*

VIACRUCIS

PRIMERA ESTACIÓN

[Jesús es condenado a muerte]

Jesús sentenciado a muerte.
No bastan sudor, desvelo,
cáliz, corona, flagelo,
todo un pueblo a escarnecerte.
Condenan tu cuerpo inerte,
manso Jesús de mi olvido,
a que, abierto y exprimido,
derrame toda su esencia.
Y a tan cobarde sentencia
prestas en silencio oído.

Y soy yo mismo quien dicto
esa sentencia villana.
De mis propios labios mana
ese negro veredicto.
Yo me declaro convicto.
Yo te negué con Simón.
Te vendí y te hice traición,
con Pilatos y con Judas.
Y aún mis culpas desanudas
y me brindas el perdón.





SEGUNDA ESTACIÓN

[Jesús carga con la cruz]

Jerusalén arde en fiestas.
Qué tremenda diversión
ver al Justo de Sión
cargar con la cruz a cuestas.
Sus espaldas curva, prestas
a tan sobrehumano exceso,
y, olvidándose del peso
que sobre su hombro gravita,
con caridad infinita
imprime en la cruz un beso.

Tú el suplicio y yo el regalo.
Yo la gloria y Tú la afrenta
abrazado a la violenta
carga de una cruz de palo.
Y así, sin un intervalo,
sin una pausa siquiera,
tal vivo mi vida entera
que por mí te has alistado
voluntario abanderado
de esa maciza bandera.





TERCERA ESTACIÓN

[Jesús cae por primera vez]

A tan bárbara congoja
y pesadumbre declinas,
y tus rodillas divinas
se hincan en la tierra roja.
Y no hay nadie que te acoja.
En vano un auxilio imploras.
Vibra en ráfagas sonoras
el látigo del blasfemo.
Y en un esfuerzo supremo
lentamente te incorporas.

Como el cordero que viera
Juan, el dulce evangelista,
así estás ante mi vista
tendido con tu bandera.
Tu mansedumbre a una fiera
venciera y humillaría.
Ya el Cordero se ofrecía
por el mundo y sus pecados.
Con mis pies atropellados
como a un estorbo le hería.



CUARTA ESTACIÓN

[Jesús encuentra a su Madre María]

Se ha abierto paso en las filas
una doliente Mujer.
Tu Madre te quiere ver
retratado en sus pupilas.
Lento, tu mirar destilas
y le hablas y la consuelas.
¡Cómo se rasgan las telas
de ese doble corazón!
¡Quién medirá la pasión
de esas dos almas gemelas!

¿Cuándo en el mundo se ha visto
tal escena de agonía?
Cristo llora por María.
María llora por Cristo.
¿Y yo, firme, lo resisto?
¿Mi alma ha de quedar ajena?
Nazareno, Nazarena,
dadme siquiera una poca
de esa doble pena loca,
que quiero penar mi pena.





QUINTA ESTACIÓN

[Simón el Cirineo ayuda a Jesús a llevar la cruz]

Ya no es posible que siga
Jesús el arduo sendero.
Le rinde el plúmbeo madero.
Le acongoja la fatiga.
Mas la muchedumbre obliga
a que prosiga el cortejo.
Dure hasta el fin del festejo.
Y la muerte se detiene
ante Simón de Cirene,
que acude tardo y perplejo.

Pudiendo, Jesús, morir,
¿por qué apoyo solicitas?
Sin duda es que necesitas
vivir aún para sufrir.
Yo también quise vivir,
vivir siempre, vivir fuerte.
Y grité: —Aléjate, muerte.
Ven Tú, Jesús cireneo.
Ayúdame, que en ti creo
y aún es tiempo de ofenderte.



SEXTA ESTACIÓN

[Verónica limpia el rostro de Jesús]

Fluye sangre de tus sienas
hasta cegarte los ojos.
Cubierto de hilillos rojos
el morado rostro tienes.
Y al contemplar cómo vienes,
una mujer se atraviesa,
te enjuga el rostro y te besa.
La llamaban la Verónica.
Y exacta tu faz agónica
en el lienzo queda impresa.

Si a imagen y semejanza
tuya, Señor, nos hiciste,
de tu imagen me reviste
firme a olvido y a mudanza.
Será mayor mi confianza
si en mi alma dejas la huella
de tu boca que nos sella
blancas promesas de paz,
de tu dolorida faz,
de tu mirada de estrella.





SÉPTIMA ESTACIÓN

[Jesús cae por segunda vez]

Largo es el camino y lento,
y el Cireneo se rinde.
Él se ha trazado una linde
en su oscuro pensamiento.
Mientras disputa violento,
deja que la cruz se hunda
total, maciza, profunda,
sobre aquel único hombro.
Y como un humano escombros
cae Jesús, por vez segunda.

¿Otra vez, Señor, en tierra,
abrazado a tu estandarte?
Ese insistente postrarte
¿qué oculto sentido encierra?
Mas ya te entiendo. En la guerra
por ti luchando, transido
caeré en tierra y malherido,
¿y no he de alzarme ya más?
Yo sé que Tú me darás
la mano, si te la pido.



OCTAVA ESTACIÓN

[Jesús consuela a las mujeres que lloran por él]

Qué vivo dolor aflige
a estas mujeres piadosas,
madres, hermanas, esposas,
sin culpa del «crucifige».
Jesús a ellas se dirige.
Sus palabras, oídlas bien.
—Hijas de Jerusalén.
Llorad vuestro llanto, sí,
por vosotras, no por mí.
Por vuestros hijos también.

Por nosotros mismos, cierto.
Pero ¿quién por ti no llora?
Haz que llore hora tras hora
por mi tibio y por ti yerto.
Riégame este estéril huerto.
Quiébrame esta torva frente.
Ábreme una vena ardiente
de dulce y amargo llanto,
y espanta de mí este espanto
de hallar cegada mi fuente.





NOVENA ESTACIÓN

[Jesús cae por tercera vez]

Ya caíste una, dos veces.
La rota túnica pisas
y aún entre mofas y risas
tendido a mis pies te ofreces.
Yo no sé a quién me pareces,
a quién me aludes así.
No sé qué haces junto a mí,
derribado con tu leño.
Yo no sé si ha sido un sueño
o si es verdad que te vi.

Y yo caigo una, dos, tres,
y otra vez más, y otra, y tantas.
Siempre tus espaldas santas
me sirvieron de pavés.
Ahora siento bien cuál es
la razón de tus caídas.
Sí. Porque nuestras vencidas
almas no te tengan miedo
caes, oh humilde remedo,
y a abrazarte las convidas.



DÉCIMA ESTACIÓN

[Jesús es despojado de sus vestiduras]

Ya desnudan al que viste
a las rosas y a los lirios.
Martirio entre los martirios
y entre las tristezas triste.
Qué sonrojo te reviste,
cómo tu rostro demudas
ante aquellas manos crudas
que te arrancan los vestidos
de sangre y sudor teñidos
sobre tus carnes desnudas.

Bella lección de pudores
la que en este trance dictas,
tus candideces invictas
coloridas de rubores.
Tú, que has teñido las flores
de tintas tan sonrosadas,
que en las castas alboradas
las nubes vistes de oro,
ay, devuélveme el tesoro
de mis flores marchitadas.



UNDÉCIMA ESTACIÓN

[Jesús es clavado en la cruz]

Por fin en la cruz te acuestas.
Te abren una y otra mano,
y un pie y otro soberano,
y a todo, manso, te prestas.
Luego entre Dimas y Gestas,
desencajado por crueles
distensiones de cordeles,
te clavan crucificado
y te punzan el costado
y te refrescan las hieles.

Y que esto llegue es preciso
y así todo se consuma,
y, a la carga que te abruma,
el cuello inclinas sumiso.

—Connigo en el paraíso
serás hoy— al buen ladrón
prometes. Tierna lección
la de tus palabras ciertas.
Toma mis manos abiertas.
Tomas mis pies: tuyos son.





DUODÉCIMA ESTACIÓN

[Jesús muere en la cruz]

Al pie de la cruz María
llora con la Magdalena,
y aquel a quien en la Cena
Sobre todos prefería.
Ya palmo a palmo se enfría
el dócil torso entreabierto.
Ya pende el cadáver yerto
como de la rama el fruto.
Cúbrete, cielo, de luto
porque ya la Vida ha muerto.

Profundo misterio. El Hijo
del Hombre, el que era la Luz
y la Vida muere en cruz,
en una cruz crucifijo.

Ya desde ahora te elijo
mi modelo en el estrecho
tránsito. Baja a mi lecho
el día que yo me muera,
y que mis manos de cera
te estrechen sobre mi pecho.





PENÚLTIMA ESTACIÓN

[Jesús es bajado de la cruz y puesto
en los brazos de su Madre María]

He aquí helados, cristalinos
sobre el virginal regazo,
muertos ya para el abrazo,
aquellos miembros divinos.
Huyeron los asesinos.
Qué soledad sin colores.
Oh, Madre mía, no llores.
Cómo lloraba María.
La llaman desde aquel día
la Virgen de los Dolores.

¿Quién fue el escultor que pudo
dar morbidez al marfil?
¿Quién apuró su buril
en el prodigio desnudo?

Yo, Madre mía, fui el rudo
artífice, fui el profano
que modelé con mi mano
ese triunfo de la muerte
sobre el cual tu piedad vierte
cálidas perlas en vano.





ÚLTIMA ESTACIÓN

[Jesús es sepultado]

Fue José el primer varón
que a Jesús tomó en sus brazos,
y otro José en tiernos lazos
le estrecha de compasión.
Con grave, infinita unción
el sagrado cuerpo baja
y en un lienzo le amortaja.
Luego le da sepultura
y una piedra en la abertura
de la roca viva encaja.

Como póstuma jornada
de tu vía de amargura,
admiro en la sepultura
tu heroica carne sellada.
Señor, ya no queda nada
por hacer. Señor, permite
que humildemente te imite,
que contigo viva y muera,
y en luz no precedera,
que como Tú resucite.



A LA RESURRECCIÓN
DEL SEÑOR

*¿Es de ingrávigo sueño,
aire o magia refleja
este resplandor súbito,
esta erguida presencia?*

*Todo en torno se afirma,
se deslumbra, se ciega.
La piedra es más que nunca
piedra, gozosa piedra;*

*la humana piel confusa
de oscuros centinelas,
tañida del prodigio,
centellea evidencias,*

*y el alba, el alba tímida
tan mojada y tan tierna,
confirma de rubores
su inocencia perfecta.*

*Otra vez sobre el mundo
la Verdad se hace cierta,
cierta con certidumbre
transverberada, céntrica.*

*No el aire, no, ni el sueño
ni la magia espejean
este cuerpo armonioso
que fulgura y destella.*

*Las brisas le acarician,
la tierra le sustenta
y la luz que de él mana*

le ciñe y le modela.

*Pudiendo ser más leve
que plumas o humaredas,
humana, humildemente
pisa la hierba, y pesa,*

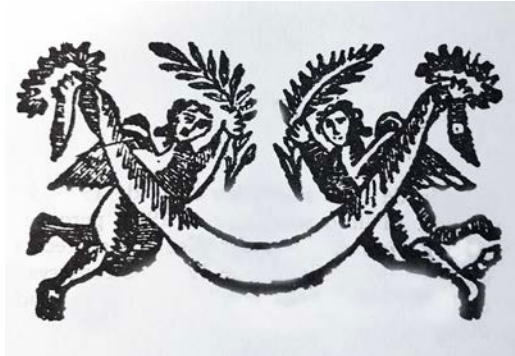
*y al goce del suavísimo
tacto, contacto, prenda,
invita —ábranse flores—
a las yemas incrédulas.*

*Resurrección. Oh gloria
taladrada y tan nuestra,
tan de hueso y de carne
firme, caliente, fresca.*

*Por Ti, Jesús, tan nuevo
hoy con tus cinco estrellas
que en cifra dibujada
tu caridad constelan,*

*por Ti, Señor, devuelto
a la luz que te estrecha,
al amor que te ciñe,
al aura que te besa,*

*por ti, todo nos canta,
oh divina certeza
para después del tiempo,
quieta ya primavera.*



Este libro se acabó de imprimir en los primeros días de enero de 2023. Edición a cargo de Natalia Martín, Teresa Martín y Verónica Martín.